

PESSARRODONA, Aurèlia. *Jacinto Valledor y la tonadilla*. Sant Cugat: Arpegio, 2018, 316 pp.

Impónese con apremio la historiografía y aquilatación artísticas del siglo XVIII español en lo referente a ciertos géneros menores, especialmente los tenidos por insignificantes, ya que, a causa de su pequeñez, vienen siendo menospreciados. De todos esos géneros, por lo que a la producción teatral respecta, ninguno quedó más oscurecido ni fue peor interpretado que la tonadilla escénica, manifestación pujante y renombrada en el postrer cuarto del siglo XVIII, como desconocida y mal comprendida desde mediados del siglo XIX (Subirá, 1928).

Con estas palabras el musicólogo José Subirá reivindicaba a mediados del siglo pasado la importancia de la tonadilla, un género hasta entonces olvidado por la historiografía, que, desde su trabajo y hasta la actualidad, se ha convertido en el objeto de numerosos estudios que siguen aportando datos desconocidos y desvelando las claves para su correcta comprensión. Entre dichas publicaciones se ha de contar la que la investigadora Aurèlia Pessarrodona dedica al compositor Jacinto Valledor (1744-1809), uno de los tonadilleros más destacados de la segunda mitad del siglo XVIII.

En su exhaustivo libro, *Jacinto Valledor y la tonadilla*, Pessarrodona reconstruye la vida personal y profesional del músico, y, al hacerlo, va descubriendo la historia del teatro de su época. Realiza un encomiable trabajo archivístico dada la dispersión de las

fuentes y demuestra un conocimiento profundo del mundo teatral dieciochesco. Debido a la vida itinerante del compositor, el estudio abarca un amplio espacio territorial. La autora introduce al lector en un viaje al pasado, haciéndole partícipe de los inicios del compositor madrileño —hijo del ejercicio—, ya que formaba parte de una familia dedicada al teatro— y de su trayectoria, junto a su esposa la actriz Gabriela Santos, por los teatros de Murcia, Cádiz, Barcelona, Valencia y, por último, su retorno a Madrid, donde fallecería en el año 1809. Durante este recorrido, presenta un panorama de los cantantes y actores de las compañías, así como la dinámica de gestión y actividad de estas. Todo ello de forma clara y sencilla, resultando de interés no solo para el lector especializado, sino también de fácil comprensión para el no versado en este ámbito de estudio.

El libro alterna los datos biográficos sobre Valledor con el estudio de su dramaturgia tonadillesca, a partir del análisis musical de sus principales títulos. Se cubre así una de las carencias más acusadas en los estudios teatrales, al prestar atención no solo al componente literario, sino también al musical. Mediante estos análisis, la autora plantea la evolución estilística de la obra de Valledor, desde sus tonadillas a solo más sencillas, pasando por los cambios cualitativos que experimentó su música tras sus estancias en Murcia y Cádiz, sus tonadillas para varios interlocutores y la influencia italiana en las de finales de siglo. Muchos de los esquemas formales o estructuras básicas de las tonadillas analizadas se recogen en útiles cuadros a modo de resumen. Junto con

el estudio del componente específicamente musical, en el libro se aborda lo corpóreo de las tonadillas de Valledor.

Pessarrodona analiza cómo la música de determinadas tonadillas no solo consigue adecuarse a las capacidades vocales de las cantantes para las que se escribían, sino también a su cuerpo. En este género, las capacidades del actor-cantante se exprimían al máximo, incluyendo no solo la voz, sino también la gestualidad y su propia presencia física. Un ejemplo de ello es la tonadilla *Señores, señoras*, interpretada por la cantante Francisca Laborda.

La autora también muestra cómo en la obra de Valledor se buscaba adecuar música, texto y acción dramática para llegar al público de manera más eficaz. A través del recorrido por sus obras puede comprobarse cómo el músico va integrando de manera cada vez más orgánica elementos de la representación musical de la acción dentro de la dramaturgia de sus tonadillas. También se aprecia una dialéctica de lo «propio» y lo «ajeno» o el «otro» (el extranjero),

que por otra parte era común en el repertorio teatral de esta época.

Sin duda otro de los aciertos de la publicación reside en incluir en un apéndice el catálogo de la obra del músico, lo que resulta sumamente útil para la consulta y ulterior referencia al repertorio; trabajo, además, que evidencia el gran número de fuentes que la autora ha tenido que manejar para su realización, algo que, por otro lado, es patente a lo largo del trabajo.

En definitiva, el libro de Pessarrodona se suma así a otras encomiables aportaciones que en los últimos años han contribuido a un mayor conocimiento de la tonadilla escénica y sus protagonistas (cómicos, literatos, compositores, etc.). Constituye un trabajo de referencia e imprescindible consulta para todo aquel que quiera acercarse tanto al repertorio tonadillero como, de forma general, a la historia del teatro español de la segunda mitad del siglo XVIII.

Cristina ROLDÁN FIDALGO